



OUIJA

ILUSTRACIÓN TOBÍAS DIVAD NAUJ

OCTAVIO
ESCOBAR
GIRALDO

Adriana cerró la comunicación con “t xtrano” y doble “t amo”, seguidos de un corazón palpitante. No le gustaba que Camilo fuera solo al estreno del último *Batman*; en realidad sospechaba que iría acompañado. Su mente reprodujo los zapatos rojos, de tacón alto, de una de sus compañeras de Bacteriología, siempre dispuesta a aceptar cualquier invitación, y a Camilo aferrando su cintura, los dos muy sonrientes, subiendo por las escaleras eléctricas rumbo a los cinemas. También los imaginó, después de la película, buscando conos de helado por el centro comercial.

Maldijo en voz baja y se apuró por los corredores del hospital rumbo a la puerta que daba al Parque del Río. Se despidió del vigilante y se quitó la bata blanca. Mientras recorría el malecón de Los Pescadores sin mirar las aguas ni a los pájaros que hacían escala en los troncos flotantes, decidió que en su siguiente compensatorio se citaría con sus amigas en Amnesia, su discoteca preferida, y bailarían y se emborracharían hasta que la tuvieran que recoger del piso. Agobiada por el sol, pasó frente a la alcaldía, sus columnas y balcones medio ocultos por las copas de los árboles del parque de Bolívar, y tres cuadras después alcanzó su destino. La casa de Esperanza de Ramírez tenía seis habitaciones; ella y su hija ocupaban dos, las otras estaban alquiladas.

Adriana empujó el portón entreabierto. El sonido que produjeron sus tenis sobre la baldosa ajedrezada atrajo a Maní, una perra producto de algún cruce de pastor alemán.

—¿Y esa cara, doña Esperanza? —Rechazó las muestras de cariño del animal.

—Problemas que no faltan. —La mujer levantó la cabeza entrecana y enderezó el cuerpo, hasta ese momento recargado sobre el vidrio que cubría la mesa redonda para seis u ocho personas, según la demanda de comida casera de sus comensales—. ¿Qué tal el día?

—Bien.

—Qué bueno, pero se le olvidó almorzar.

—Comí frutas al frente del hospital. ¿Ya no queda nada?

La mujer se levantó sonriendo:

—Le guardé un poquito de todo. ¿Le sirvo?

—Sí, muchas gracias, ¿pero sabe qué?, solo la sopa. Quiero hacer la siesta temprano y sin reflujo —Puso la mano izquierda, regordeta y llena de anillos, sobre su barriga.

—No hay problema —sonrió Esperanza de Ramírez, feliz de complacerla—. Es una especie de ajiaquito. Ya mismo se lo caliento. ¡Fuera, Maní! —Se quitó una chancla y amenazó a la perra, que corrió hasta el patio de hierba corta y amarillenta, donde se quedó con el drama concentrado en la mirada—. ¿Quiere que le prenda el ventilador?

—Sí, por favor.

La mujer accionó el control y entró a la cocina. Adriana aventó la bata blanca sobre una silla y se sentó. Reacomodó la cabellera corta y oscura, abrigada por mechones rubios. Necesitaba un champú que le limpiara mejor el cuero cabelludo y camisas nuevas. Sacó el teléfono móvil del bolsillo trasero del bluyín y marcó, pero su madre no contestó. Aguardó unos segundos y volvió a llamar, con idéntico resultado. Le envió un mensaje: “1 de ts dbres s star siempre dispnible para tu qrida hija. Call me”. Dejó el aparato al alcance de su mano derecha.

—Aquí está la sopita. —Esperanza de Ramírez sostenía el plato con las dos manos. Lo acomodó sobre el individual de plástico—. ¿Qué va a tomar? Tengo jugo de maracuyá.

Adriana aspiró el aroma de la papa cocida:

—Quiero agua, mucha.

—Claro que sí.

Poco después la mujer puso sobre la mesa una jarra de agua con hielo y dos vasos.

—Es de la filtrada. —Se quedó de pie—. ¿La acompaño?

—Por favor. —Tomó una cuchara de la caja plástica donde permanecían los cubiertos de latón—. ¿Tiene pan?

Esperanza de Ramírez corrió a la cocina y volvió con tres rebanadas de pan tajado sobre un plato.

—Está deliciosa —sonrió Adriana, mientras mezclaba la crema de leche con el líquido espeso, ligeramente verdoso—. Y me encantan las alcaparras.

—Me alegro que le guste. La niña que contraté la semana pasada me ha salido muy buena cocinera.

—Qué bueno.

—Sí. Desde antes de la muerte de Ignacio, que Dios lo tenga en su gloria, no conseguía una muchacha tan juiciosa. Es bogotana —agregó como si fuera un defecto—. Dios quiera que no se me aburra; siempre empiezan muy

animadas y a las pocas semanas... —concluyó la frase con un gesto—. ¿Mucho trabajo hoy?

Adriana tragó un trozo de pollo antes de contestar:

—Mucho. Vamos a ver si esta noche me dejan dormir tranquila.

—Ojalá. Yo a veces no sé ni para qué la despiertan.

—Para que el médico de urgencias no se sienta tan solo, digo yo.

—Debe ser —sonrió Esperanza de Ramírez y el rostro se le llenó de arrugas.

—¿Y a usted cómo le fue hoy? —Apuró casi medio vaso de agua.

—Bien, doctora. Por la mañana salí a comprar unos cortes para hacerle unas faldas a Carolina. Tiene que ir bien presentada al trabajo, a ver si por fin la nombran.

—Pero ya pasó el período de prueba.

—Sí, lo pasó hace tiempo, y sin problemas, pero como los políticos son tan caprichosos y yo votos no tengo sino dos: el de Carolina y el mío. De todos modos, el alcalde me prometió que le ayudaba. Necesitamos esa tranquilidad. —Se santiguó con movimientos breves. Desde la calle llegó el rumor de los árboles agitados por el viento—. ¿Quiere ver las telas que compré?

—Sí, claro.

Esperanza de Ramírez se levantó rumbo a su habitación. De vuelta, extendió sobre la mesa cuatro piezas de algodón de colores pastel.

—¿Qué le parecen?

—Muy bonitas. Carolina va a quedar muy bien vestida.

—¿Cierto que sí? Y son fresquitas. —Palpó los bordes para comprobar su grosor y se sirvió un vaso de agua—. En el almacén me encontré con doña Berta, la señora del frente, y me contó una cosa rara, que después me di cuenta de que fue tema de todos los almuerzos. Doctora: permítame la pregunta, pero ¿es verdad que hoy hospitalizaron a unos muchachos porque necesitan un exorcismo?

Adriana reflexionó unos segundos:

—Sí, es cierto —respondió sin levantar los ojos del plato.

—¿Y de verdad están poseídos por el demonio?

—Yo no lo creo. Claro que no soy sacerdote. —Elevó los hombros con expresión desenvuelta.

—Pues eso es lo que está comentando todo el mundo. ¿Usted vio a los muchachos?

—Sí; les tomé unos exámenes que ya se enviaron a la capital, para buscar drogas y tóxicos. Uno de los tres es casi un niño. Se quejaron mucho de los chuzones.

—¿Y qué les pasó?

—Nada. Se pusieron a tomar aguardiente y a jugar con una tabla ouija, y dicen que los espíritus los poseyeron.

—¿Una de esas tablas que tienen el sí y el no?

—Una de esas: el alfabeto, el sí y el no, el “hola” y el “adiós”. —Movié la cuchara como si dibujara.

—¿Y de dónde la sacaron?

—No se sabe. La mamá de uno de ellos la llevó al hospital y el director la guardó bajo llave.

—¿Y qué espíritus los poseyeron?

Adriana sonrió:

—Yo no creo que los hayan poseído ningunos espíritus, doña Esperanza. Esa tabla es un juego. A mi hermano le prestaron una y la usaba para asustar a mis amigas y poder abrazarlas. —Recordó la escena en la sala de su casa—. Lo de esos muchachos se debe al aguardiente, quizá a algo más.

—¿Y habían bebido mucho?

—No tanto. El director también tiene la garrafa. —Apartó el plato, en el que quedaba una pequeña porción de ajiaco.

—Pues la gente está muy alborotada —dijo Esperanza de Ramírez con el rostro preocupado—. Dicen que los poseyó el espíritu de Jairo Betancur.

—Eso es lo que juró uno de ellos —admitió Adriana.

—¿Uno no más?

—Uno no más —confirmó y reactivó la pantalla del teléfono móvil.

—¿Y usted lo oyó hablar como Jairo?

—No. Cuando yo los vi ya los tenían muy calmados. —Adriana apoyó el mentón en la palma de la mano derecha—. ¿Usted conoció al tal Jairo Betancur?

—Sí, claro. Él creció a dos cuadras de aquí. Yo conozco mucho a su mamá, doña Mariana.

—¿Y era tan malo como dicen?

—Yo no sé qué decirle. —Reordenó las telas y las apartó—. A mí siempre me pareció un buen muchacho. Organizaba fiestas para todo el mundo, en el parque, con grupos vallenatos de los que salen en televisión, y le consiguió trabajo a mucha gente. Él sí tenía sus cosas, ni modo de negarlo; a veces acosaba a las muchachas, por ejemplo, y les ahuyentaba los pretendientes, pero de resto casi todo lo que hacía era en beneficio del pueblo.

—¿Como qué?

—Como sacar a los de la guerrilla. La guerrilla mantenía aterrorizada a la gente, exigía plata a los comerciantes, se llevaba a los muchachos para el monte, se robaba el ganado. También mataron muchos policías. Son unos desgraciados. —Volvió la cabeza hacia Maní, que casi de inmediato dejó de ladrarle a su sombra.

—Pero dicen que Jairo no solo sacó a los de la guerrilla —anotó Adriana.

—También hizo que se fuera una familia que vendía droga —admitió y bajó la cabeza. Casi de inmediato recuperó la apostura—. Usted es de la ciudad. Para usted es muy difícil entender cómo funcionan las cosas en un pueblo como este. Hace como dos años yo tenía un contrato con un tipo que venía a vender electrodomésticos aquí, y de buenas a primeras me salió con la novedad de que no me iba a pagar ni la habitación ni la comida. Hablé con el juez y no me solucionó nada, no más me hizo firmar papeles y sacarle un montón de fotocopias a la cédula. Jairo me arregló ese problema de un día para otro —afirmó—. Y tenemos alcalde por él, aunque no sirva para nada. Antes los alcaldes se tenían que volar para que no los mataran.

—Hoy estuvo mucho rato en el hospital.

—¿Quién?

—El alcalde. —Adriana siempre lo veía en uno de los bancos del parque, atendiendo los reclamos de los pocos que todavía le creían. Desgarbado y de

—Yo no creo que los hayan poseído ningunos espíritus, doña Esperanza. Esa tabla es un juego. A mi hermano le prestaron una y la usaba para asustar a mis amigas y poder abrazarlas. —Recordó la escena en la sala de su casa—.

Lo de esos muchachos se debe al aguardiente, quizá a algo más.

risa fácil, apenas llegaba a los treinta años. Se cubría con sombreros de ala ancha y siempre vestía camisas bordadas, de colores claros.

—Debe tener miedo de que digan algo que lo comprometa; él y Jairo eran muy amigos.

—Según los del hospital, Jairo y los suyos mataron a mucha gente.

—Sí —frunció la boca Esperanza de Ramírez—, eso también es cierto, pero no es como dicen en los periódicos, no señora. A los periodistas les gusta mucho exagerar la sangre. Eso no fue así, y la mayoría de los que mataron se merecían el castigo, Dios los perdone. —Se persignó.

Adriana reacomodó el cuerpo en la silla.

—Pues uno de esos muchachos dice que lo poseyó el espíritu de Jairo Betancur.

—Es muy fácil saber si es verdad o no. Jairo tartamudeaba en algunas palabras, no en todas. ¿Cómo habla el muchacho?

—Normal. Despacio. Estaba intoxicado.

—El padre Ríos lo conocía muy bien. Cuando vaya a hacerles el exorcismo se va a dar cuenta si es Jairo o no.

—No creo que el director permita lo del exorcismo.

—Yo creo que sí. Es lo mejor —enfaticó.

—¿Cómo murió?

—Lo mató uno de sus hombres, por defender a una muchacha que le gustaba a los dos. La hija de un pescador, una morena muy bonita. Si no la hubieran matado, sería reina de belleza.

—¿También la mataron? —La estaba imaginando alta y con cintura muy estrecha, zapatos rojos.

—Claro. Y al que la defendió.

Adriana pensó unos segundos antes de volver a hablar:

—A mediodía fue una mujer al hospital, a pedir que la dejaran entrevistar-se con los muchachos. Una señora bien vestida, muy digna.

—María Clara Díaz —asintió Esperanza de Ramírez—. Pobre María Clara, ha sufrido mucho. A sus dos muchachos los mató Jairo por un lío de tierras o de ganado, ya no me acuerdo bien, y no se sabe qué hizo con los cuerpos.

—¿Nadie lo sabe? —Adriana envidió por un momento las chanclas livianas de color rojo apagado de la mujer, que los pies desnudos apartaban y recogían cada tanto.

—Nadie no. Saber, saber, alguien lo debe saber, pero Jairo ordenó que no lo dijeran.

—Pero Jairo Betancur murió.

—Pero sus decisiones se respetan —dijo muy seria—. Esa es mi esperanza con el nombramiento de Carolina —admitió sin vergüenza—. María Clara ha llorado mucho, con toda la razón. Pobrecita. ¿Y al fin pudo hablar con los muchachos?

—No. Estuvo mucho rato en la oficina del director del hospital y después le tocó irse.

—Es una buena mujer. Ojalá le dieran alguna respuesta. Lleva años yendo hasta donde sea, rogando y rogando que alguien responda a sus preguntas. Todos hemos rezado por sus hijos.

—¿Y tiene marido?

—No. También se lo mataron. Pobrecita.

—¿Jairo Betancur?

—Yo no creo; eso fue hace mucho tiempo.

—Aquí matan a mucha gente.

—A veces. Pero muy pocos se convierten en fantasmas. Por fortuna —anotó Esperanza de Ramírez con una sonrisa—. Es bueno que exorcicen a esos muchachos. Mucha gente extraña a Jairo pero nadie quiere que esté por ahí, ordenando cosas o hablando desde ultratumba.

—Y que quemen la tabla —agregó Adriana, en tono burlón. Una gota de sudor alcanzó su lengua.

—Siempre es mejor. Esta noche rezo el rosario por la salvación del alma de esos muchachos. —Se santiguó—. Uno es hijo de Estela Rodríguez, la que vende tamales en el puesto del parque.

Adriana asintió. Desde la calle llegaba el estruendo de una motocicleta que pasaba.

—Creo que me voy a acostar un rato. —Fingió un bostezo y recogió el teléfono móvil.

—Me parece bien, doctora. ¿Esa bata es para lavar?

—Sí, por favor. —Se la extendió.

—Mañana se la tengo lista. Vaya descanse.

Adriana caminó hasta su habitación con Maní escoltándola. Encendió la luz y cerró la puerta con cuidado. Se miró en el espejo de mano: “Ojeras”, maldijo, y nada que bajaba de peso. El ventilador tardó unos segundos en ganar velocidad. Se quitó los tenis e insistió en marcar el número de su madre; de nuevo la transfirieron al buzón de voz. Camilo debía estar todavía en su reunión de ventas. Le redactó un mensaje en tono indignado que finalmente no envió. “Sí” o “no” apareció en la pantalla. Confirmó que lo borraba con el índice derecho empujándolo. Lo llamaría; quería sentirle la voz y que él sintiera la suya, sus emociones. Le insistiría en que esperara para ver *Batman* el fin de semana siguiente, los dos juntos. También quería helado; helado de vainilla con galletas. ■

Octavio Escobar Giraldo (Colombia)

Escritor manizaleño, Premio Nacional de Literatura del Ministerio de Cultura y de la Universidad de Antioquia. Su más reciente novela, *Después y antes de Dios* (Pre-Textos, 2014), ganó el 45 Premio Internacional de Novela Corta “Ciudad de Barbastro”. Es profesor de la Universidad de Caldas.